

EDITORIAL**El hombre moderno y la trascendencia****The modern man and transcendence**

Para comenzar estas líneas, breves reflexiones, me gustaría profundizar en los grandes deseos del corazón del hombre: estabilidad, éxito, dinero, arraigo, legado, necesidad de perpetrar en el alrededor las inmensas huellas de “nuestras” obras. Todos estos anhelos manifiestan la condición más excelsa del ser humano, su capacidad de trascender, de ir más allá. El ir más allá se encuentra supeditado a la condición temporal de nuestras actividades, a la materia, a lo que perece. Justo allí, cuando aparece la temporalidad a la que nos encontramos sometidos, el miedo y la ansiedad ofuscan nuestra visión trascendental.

No es mi intención hacer de este apartado una sesión de espiritualidad, pero si quiero adentrarme en la capacidad espiritual -es aquella composición hilemorfica- de la persona humana, del hombre moderno. No obstante, me veré forzado a mencionar las barreras que impiden el correcto desarrollo de las aptitudes más allá de las sensoriales, que perfeccionan la condición humana y permiten dejar huella en la sociedad, construyendo legado y ambientando las potencias espirituales.

Vivimos en un mundo de constante cambio. La tecnología permite el desarrollo de problemas en cuestión de segundos. El hombre se ha dedicado a automatizar los procesos que durante mucho tiempo llevaban un arduo trabajo intelectual. Por supuesto, también está la inteligencia artificial, cada vez más perfeccionada y precisa, buscando la humanidad del conocimiento y de las relaciones.

Tenemos las redes sociales. Podemos pasar horas viendo distintas publicaciones, cada vez más precisas gracias a los algoritmos que vamos creando, para lo cual obtenemos contenido agradable a nuestro sistema. Son adictivas, nos estimulan. El trabajo, cada vez más flexible. Existe la posibilidad de “teletrabajar” desde cualquier sitio del mundo, siempre y cuando tenga conexión a internet. El mundo empresarial adopta políticas que permiten crear mejores ambientes laborales. Se toma en cuenta el desarrollo psíquico/emocional de la persona y se permite crear estructuras cada vez más consensuadas, es decir, cada vez más “amigables” en cuanto a los intereses de quienes hacen vida dentro.

En pocas palabras, el ritmo de vida se ha acelerado, pero también se ha simplificado. No hay momento para la contemplación e incluso, parece ser algo que entró en desuso. Es inimaginable pensar que se puede estar en silencio durante treinta minutos, sin necesidad de revisar el teléfono, escuchar música. Se ha apagado la capacidad de conectar conmigo mismo, de conocerme, conocernos. Relacionalmente la inmediatez de la vida impide la conexión profunda con los demás. Las amistades son frágiles y poco leales.

El hombre se enfrenta todos los días al maravilloso encuentro con la realidad, aquella que nos muestra el ser de las cosas, la verdad. Donde encontramos el bien y la belleza. Allí precisamente luchamos por hacer una pausa y trascender,

encontrando el panorama infinito de las tareas y las capacidades del ser humano. Pero esto solo se logra a través de la verdadera contemplación. De la capacidad de mirar, no solo superficialmente, sino de adentrarnos y a preguntarnos el porqué de las cosas, desde las más básicas, hasta las más elevadas.

El sentido de las tareas cotidianas refleja el deseo más profundo del hombre. Ya al principio de estas líneas comentaba los anhelos del corazón del ser humano, y no es menos cierto que muchas veces esos anhelos se confunden con la cotidianidad. Nos vemos concentrados en las tareas, sin saber cuál es su verdadero fin. Satisfacemos momentos, pero no con sentido de plenitud. Quedamos satisfechos, pero de una fuente que es escasa y se hace arduo el volver a llenar.

No por eso, la inmediatez a la que nos vemos sometidos debe ser satanizada, pero si debe ser herramienta para alertar nuestras facultades intelectuales y permitir una vía de escape frente al adormecimiento de éstas. Ganar en voluntad es permitir el conocimiento de lo verdaderamente profundo en las tareas que desarrollamos.

La transformación que busca la sociedad depende del sentido que nuestra cotidianidad representa para nosotros. Buscar la verdad, conociendo el bien y contemplando la belleza de las tareas. Eso es lo que imprime legado en nuestro actuar, eso es la verdadera trascendencia de nuestras actividades. No nada más aquello que resulta rápido y placentero, sino más que todo, aquellas tareas que representan una barrera entre el deseo y la plenitud.

La búsqueda de los anhelos de su corazón -los del hombre- resulta de gran esfuerzo para el entrenamiento de su espíritu, de su alma. Es un sistema que pone en funcionamiento la capacidad de encontrar lo profundo de lo que la realidad le representa, lo que le abarca en el inmenso panorama de su actuar. Es considerar que contemplar requiere esfuerzo y voluntad, concentrar sus fuerzas en alcanzar el bien antropológico por excelencia, la perpetuidad.

No hay que asustarse, es posible verificar la profundidad de la realidad. No seremos muertos vivientes con lo que respecta a las situaciones que enfrenta la vida, solo hace falta mirar con atención. Dejarse llevar por lo que es, lo que verdaderamente es, preguntarse por el “ser” de las cosas y de nosotros mismos. No permitir paso a la inmediatez, sino a trascender.

Fedor Simón José Gómez García
 Postgrado de Perinatología
 Cátedra de Antropología Filosófica

email: fedorgomezgarcia99@gmail.com